

La vacuna de la serenidad

JOSEP OTON

Inesperadamente, la torre de Babel que habíamos construido se viene abajo. Un pequeño virus ha asestado un duro golpe a nuestra soberbia y ha puesto en jaque al imperio de la globalización. Las redes sociales alientan las paranoias del miedo. La desconfianza emponzoña nuestras relaciones y nos atrincheramos en nuestros castillos virtuales. Hemos quedado al descubierto. Nuestra presunción no consigue protegernos. La realidad desnuda se hace evidente, somos seres vulnerables.

Ahora bien, toda crisis es una oportunidad para crecer. Se nos brinda la posibilidad de descubrir quiénes somos realmente y de asumir nuestra dignidad que en modo alguno se contradice con nuestra indignancia. Si bien los miasmas del pánico nos acechan, debemos mantener la calma. Acostumbrados al ritmo vertiginoso, nos cuesta recuperar la serenidad. En una situación de emergencia debemos echar mano del aplomo, afrontar las dificultades con entereza, fiarnos del consejo de los expertos y asumir nuestra parcela de responsabilidad. Tarde o temprano se superará la crisis sanitaria, pero de poco servirá si no aprendemos la lección. La imagen del “superhombre” ha quedado hecha añicos. Sin embargo, corremos el riesgo de volver a levantar castillos en el aire y olvidar nuestra condición de seres contingentes, expuestos a las contradicciones de la realidad. Entonces, viviremos con paz los altibajos de la vida. No nos dejaremos embaucar por la euforia de los éxitos, ni arrastrar por el desánimo de las derrotas. Nuestra serenidad no se afianzará en lo que nos sucede, sino en quiénes somos. Entonces, estaremos vacunados frente a la adversidad. *

